

Identidades en movimiento. La migración en el estado de Guerrero: el caso de los jornaleros agrícolas

Ramiro Arroyo Sepúlveda*

Guerrero es un estado de migrantes. Miles de guerrerenses salen año tras año de sus lugares de origen para insertarse, temporal o definitivamente, en sociedades diferentes a las propias. En estos procesos, tanto las sociedades receptoras como las originarias ven enriquecidos sus principios culturales, puesto que el migrante conecta contextos económicos, sociales y culturales diferentes. En este artículo se presenta una visión general de los migrantes guerrerenses, pero en particular de los jornaleros agrícolas migrantes indígenas, como portadores de “identidades en movimiento”.

Introducción

El desplazamiento de los hombres por espacios diferentes a los de su origen es tan antiguo como la historia de la humanidad. Pero no todo desplazamiento se debe entender como proceso migratorio. Salir del lugar de residencia por un tiempo definido y trasladarse a un lugar distinto del mismo no resulta suficiente para considerar este hecho como un proceso migratorio. El migrante es aquel que sale de su contexto cultural, social, económico y político para incursionar o insertarse en un andamiaje diferente al propio, donde no sólo establece relaciones económicas sino también de convivencia cotidiana, basadas en el enfrentamiento con una sociedad diferente a la propia y donde será aceptado o rechazado, según sea el caso.¹

El migrante adquiere su calificativo como tal en el momento que forma parte de un colectivo consciente de que su existencia y reproducción trascienden su entorno local. De ahí que la migración incida en el todo colectivo, en la familia, en los parientes, en los vecinos, en la sociedad, ya que pone en contacto a pueblos, comunidades y sujetos con otros sujetos, es decir, con otros seres humanos semejantes a uno mismo, pero diferentes en cuanto a contextos disímboles que a fin de cuentas se encuentran hermanados.

La constitución de los Estados-nación dio origen a las fronteras que fracturaron los espacios históricos de los pueblos, de las culturas, y estas fracturas acotaron la libre movilidad de las personas. Individuos, familias, grupos, pueblos y naciones fueron coartados en su convivencia por las fronteras establecidas a causa de los intereses de los grupos dominantes en espacios cerrados y considerados como propios, como exclusivos.

* Docente-investigador, Unidad Académica de Antropología Social, Universidad Autónoma de Guerrero (rarroyo50@yahoo.com.mx).

¹ Roberto Herrera Carassou (2006: 24) señala: “Cada miembro de una población reside en algún punto o series de puntos en el espacio y un mero cambio en la ubicación de su residencia debe ser definido únicamente, sin mayores implicaciones, como ‘movilidad espacial’. Es decir, si no hay un cambio cultural involucrado en el traslado de un lugar a otro, no se puede hablar de migración”.

Pero también existen procesos migratorios que, sin fronteras explícitas, se desarrollan en el interior mismo de los países. Nos referimos a migraciones del campo a la ciudad, o bien desde ciudades pequeñas hacia las grandes, así como a los flujos de personas entre regiones marginadas y aquéllas de mayor desarrollo, que por lo general corresponden a una migración rural-rural. Tal es el caso de los jornaleros agrícolas que, en forma pendular o cíclica, recorren las regiones donde se practica una agricultura altamente comercial, uniendo así lugares de pobreza con lugares de trabajo.

La pobreza estructural de las comunidades rurales en México sólo reproduce pobreza y sus habitantes se ven obligados a instrumentar diversas estrategias para lograr la reproducción de sus unidades familiares, entre las que sobresale la migración –temporal, cíclica o definitiva– con fines laborales para incorporarse en el campo como jornaleros agrícolas asalariados en actividades de tipo agroindustrial, o bien como trabajadores asalariados de la construcción o de servicios en las ciudades. Es la dinámica del capital la que marca los destinos y tiempos de las migraciones.

Ejemplificaremos estas afirmaciones con los flujos migratorios que se presentan en la actualidad en el estado de Guerrero.

Identidades en movimiento

En Guerrero se presentan todos los tipos de flujos migratorios.² Encontramos los que se inician en las zonas rurales y se dirigen a las principales ciudades de la entidad y algunas del país, como el Distrito Federal; otros, que son los más estudiados y donde se ha intentado centrar la atención de las autoridades oficiales, son los de los migrantes internacionales; por último, las corrientes migratorias de los jornaleros agrícolas interestatales.

¿Qué se sabe acerca de la migración? Que existe una gran cantidad de gente que sale del estado o se mueve hacia el interior del mismo; que se van porque en su lugar de origen no logran satisfacer sus necesidades básicas; que algunos parten en pos de la aventura o para buscar la reunificación de las familias; que mandan dinero a sus casas para que los familiares que permanecen allí sobrevivan; que el migrante sufre el destierro, la nostalgia, la discriminación, la desintegración

familiar; que cuando regresan a sus comunidades traen otras costumbres y ya no son los mismos que cuando salieron; que se han “aculturado”. En fin, todo esto es motivo de anécdotas que la sabiduría popular plasma en términos de percepciones expresadas en manifestaciones musicales como los corridos. ¿Quién en estos momentos no recuerda una canción que evoque la vida de un héroe o una experiencia desgraciada en la vida de un migrante? Sea o no conocido el personaje de la interpretación musical; sea o no del terruño; sea, pues, de un paisano migratorio. En este campo todos somos solidarios. El héroe es el héroe; la tragedia es la tragedia. Todos somos uno. Y en eso hay un consenso generalizado.

Todos estos elementos referidos a la migración configuran una realidad no ilusoria, sino el reflejo de una sociedad que se encuentra en constante movimiento en términos de subordinación y discriminación, marginada del interés público y, en gran medida, del conjunto de la sociedad nacional.

Veamos ahora algunos datos duros que nos permitirán acercarnos al fenómeno de referencia. No sin antes advertir que, en cuanto a cifras, éstas son sólo un pálido reflejo de la realidad, por lo que debemos verlas nada más como tendencias que ilustran, si bien no precisan la dimensión y dinámica de esta problemática.

Entremos, pues, a la danza de las cifras.

En lo que respecta a la migración interestatal, baste mencionar a los indígenas que se ubican en las principales ciudades turísticas, comerciales o de servicios del estado de Guerrero, como Acapulco, donde con base en el Censo de Población y Vivienda de 2010 existían 11 452 hablantes de lenguas indígenas no oriundas de este municipio; o la ciudad de Chilpancingo, en la que de acuerdo con la misma fuente radican 5 197 personas de origen indígena –cifras por demás subestimadas–. Incluso podemos mencionar a la ciudad de Tlapa, que en los últimos años se ha convertido en un fuerte polo de atracción para población de diversas comunidades de la Montaña, u Ometepec, en la Costa Chica, Tlapehuala, en Tierra Caliente, Zihuatanejo, en la Costa Grande, y Taxco, en el norte.

Por otra parte, de acuerdo con datos de la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales (SEMAI) del Gobierno del Estado de Guerrero, cada año salen de la entidad 73 000 personas hacia Estados Unidos. La misma fuente afirma que en ese país viven alrededor de un millón de guerrerenses. Esta cifra incluye tanto a indocumentados, que son la gran mayoría, como a quienes han regularizado su situación migratoria. De

² El doctor Bustamante ha definido como flujo migratorio al “conjunto de desplazamientos recurrentes de más de una persona por una misma ruta que los lleve de sus residencias habituales a un lugar de trabajo fuera de la ciudad o comunidad donde viven”.

acuerdo con esta cifra, los migrantes en ese país representan 29.5% del total de los guerrerenses registrados por el Censo de Población y Vivienda de 2010.

Para ilustrar estas cifras, en el documento citado se indica que sólo en la ciudad de Chicago se encuentran cerca de 300 000 guerrerenses, hecho que convierte a esa ciudad en la segunda metrópoli con el mayor número guerrerenses después de Acapulco, de acuerdo con la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales.

La importancia económica de este tipo de migración no se pone en duda, puesto que el Banco de México –de acuerdo con el Módulo de Estadísticas de Remesas Familiares– indica que el momento más alto de envío de remesas de los guerrerenses a sus lugares de origen fue durante 2007, con 1 489 millones de dólares.³ Una caída drástica se presenta como efecto de la fuerte crisis de 2008, que ocasionó que las remesas se redujeran en 2009 a 1 196.8 millones de dólares. En 2011 éstas se elevaron a 1 258.4 millones de dólares, y en los primeros seis meses de 2014 se contabilizaron 599 millones. Estas cifras llevan a sostener la afirmación de que, sin estas remesas, el estado de Guerrero no se sostendría.

En cuanto a los jornaleros agrícolas migrantes temporales, las deficientes fuentes estadísticas existentes mencionan que en esta categoría laboral se inscriben, según cálculos conservadores, entre 47 000 y 50 000 personas cada año. La mayor parte de estos jornaleros provienen de las comunidades indígenas de la Montaña Alta y la Montaña Baja. Cabe mencionar que estas cifras no cuantifican a los jornaleros que salen de las comunidades del norte de la entidad y se dirigen a los campos agrícolas del vecino estado de Morelos o de la zona de Tierra Caliente que van a los campos de Michoacán, ni a los que salen en pequeños grupos hacia destinos predefinidos por ellos mismos. Las cifras mencionadas aluden de manera fundamental a los que se dirigen al noroeste y norte del país, donde se ubican los grandes emporios agroindustriales que reclaman grandes contingentes de mano de obra barata en prácticamente todos los procesos de trabajo que llevan a acrecentar sus altas ganancias.

Como se observa, Guerrero es un estado de migrantes.

³ José Antonio Chávez Román (2008: 22) señala que “durante el año 2007 Guerrero captó 1 239.1 millones de dólares, equivalentes a 23 veces el financiamiento del gobierno estatal para el desarrollo social durante ese año”.

Ahora bien, se debe considerar que los procesos migratorios no aluden en exclusiva a las personas que físicamente salen de sus lugares de origen para trasladarse a otros contextos económicos, sociales, políticos y culturales diferentes al suyo, sino que el proceso involucra al conjunto de la sociedad y a los gobiernos de sus comunidades de origen, así como a las relaciones que los migrantes establecen con las sociedades y los gobiernos de sus lugares de destino.

Es decir, solemos ver en exclusiva a la movilidad –el viaje que caracteriza a los procesos migratorios– en términos del desplazamiento espacial y temporal de determinados individuos; sin embargo, se debe considerar que el viaje no es sólo de quien se pone en movimiento, sino que alude al conjunto de las personas relacionadas con el viajero, pues la gente “inmóvil” enriquece asimismo sus modos de vida, cultura, identidades y relaciones sociales mediante los encuentros con la gente, los bienes y la información y conexiones de diversa índole con otros lugares, a pesar de que no realice un viaje en el sentido literal. Lo anterior muestra que el fenómeno migratorio involucra al conjunto de la sociedad, puesto que sus características responden a una dinámica estructural que implica lo nacional, lo estatal y lo regional.

Los migrantes no sólo llevan en sus recorridos sus anhelos y carencias, sino que también son portadores de elementos identitarios que los caracterizan y los fortalecen en su lucha cotidiana contra la discriminación y marginación en los lugares de destino; a la vez, son receptores de elementos culturales de las sociedades con las que conviven, los cuales les permiten el enriquecimiento de la cultura propia. Por eso son portadores de “identidades en movimiento”.

Aquel que llega encuentra el cobijo del paisano, del amigo o familiar; de ellos recibe apoyo, cobijo y orientaciones sobre el comportamiento a seguir en esa nueva sociedad. El que llega no lo hace sin llevar nada a cambio: es portador de las noticias de la familia, de la comunidad, de la imagen que le envían de su pueblo; incluso no faltan los pequeños ingredientes culinarios o medicinales que le fue posible reunir y transportar. Todo esto lo carga en su pequeño equipaje, o bien en su prodigiosa memoria de imágenes expresadas con el calor y la nostalgia de su lengua. Es portador y receptor de un ágil y necesario intercambio de fortalecimientos identitarios y solidarios.

Por otro lado, con el retorno a su comunidad de origen el migrante se incorpora a la renovación de iden-

tidades mediante prácticas con una carga simbólica importante –como la relación con la tierra, la participación en la vida comunitaria a través de la danza, la banda, la mayordomía, los cargos de representación y autoridad, la recurrencia a la medicina tradicional, etc.–: los toma en cuenta y reconoce su nombre y su historia.

Lo anterior no significa que los migrantes sean los únicos elementos portadores de las relaciones entre su comunidad y otras sociedades, pero sí que es imprescindible su vivencia, por lo cual se convierten en los más efectivos agentes. Esto se constata al escuchar una expresión común en las localidades de origen: “No hay más que te lo diga alguien que lo vivió, que lo padeció, o para ser franco, lo que uno ha vivido”.

El carácter polivalente del concepto de “identidad” obliga a contextualizarlo en diferentes dimensiones y ámbitos de los grupos sociales, en particular cuando se trata de migrantes. Su esencia permite distinguir las características principales del grupo en cuestión, a la vez que muestra las diferencias respecto al “otro”. Fundamentalmente se considera que cada grupo social construye una concepción del mundo y un conjunto de elementos simbólicos que dan sentido y orientación a sus valores, a sus comportamientos, a las normas de convivencia y a sus aspiraciones y las formas de lograrlas. Esto permite la cohesión del grupo y constituye aquello que se define como “identidad colectiva”, si bien existen identidades positivas que retoman los valores del grupo y dan contenido al “nosotros”, a lo propio, a lo que lo distingue del “otro”, pues la identidad aflora en relación con el “otro”, con el diferente, quien a su vez cuenta con sus propios elementos identitarios, a partir de los cuales construye una “identidad negativa” del diferente a él mismo.

Entre los migrantes este juego de identidades adquiere toda su crudeza. En las sociedades receptoras, los elementos culturales de los emigrados se ven en forma despectiva, como elementos inferiores a los propios, lo cual genera constantes procesos de discriminación. Por su parte, los inmigrantes encuentran en sus elementos identitarios la fortaleza para enfrentar estos procesos vejatorios contra su dignidad humana.

La consecuencia son sociedades en constante enfrentamiento. Sin embargo, precisamente estos desencuentros permiten a su vez un reconocimiento paulatino entre los grupos y propician el flujo de elementos culturales entre ellos, e incluso inciden en el conjunto de las sociedades en encuentro.

Al respecto, García de León (2010: 39) señala:

La “identidad” involucra diversos niveles de pertenencia y distinción. El problema más bien radica en el momento de definirla, en qué ponemos el foco de atención. Y como los conceptos de “etnia”, “autonomía”, “grupo étnico” e “identidad cultural”, por sólo citar los más usados, ponen ahora más el énfasis en la *frontera* del concepto que en el *flujo*, más en la distinción en relación con los “otros”, más en la “alteridad” y la “distinguibilidad” que en la dinámica interna; esto suele enmascarar la complejidad del concepto. Por lo demás, esto es de esperar, porque la “alteridad” suele ser la vía más expedita para adentrarse en el problema. Pero tendemos entonces, al polarizarla en un solo sentido, a conferirle un aspecto de rigidez e inmanencia que en la realidad no tiene, a fijarla en una sola dimensión: algo por lo demás absurdo, pues nadie mantiene una pertenencia todo el tiempo, unas veces se es y otras no, y dentro de cada categorización fluyen atributos identificadores muy diversos que principalmente se activan en situaciones de negociación, supervivencia y conflicto; en una pluralidad de pertenencias que, lejos de eclipsar la identidad personal o colectiva, es precisamente la que la define y constituye.

En esta dinámica, cuando los sentidos colectivos son seducidos por elementos identitarios de otras culturas, la identidad propia se vigoriza y fortalece, conformando así “identidades en movimiento”.

Dentro de los diferentes flujos migratorios que en la actualidad se presentan en el estado de Guerrero, el de los jornaleros agrícolas, fundamentalmente indígenas, se distingue por la precariedad de sus prácticas, pues los motivos y razones de su migración, sus dinámicas y formas de concebir su propia realidad y aprovechar o sufrir la separación de sus espacios originales son distintivos de ese grupo social. Las razones han sido señaladas por diversos autores (Arroyo, 2008; Sánchez y Arroyo, 2002; Canabal, 2008; Rojas, 2010).

Los indígenas son una población que cumple a cabalidad las exigencias de sus contratantes: el gran capital nacional y sus socios transnacionales. Se trata de una población en extrema pobreza que no encuentra espacios de reproducción económica en sus lugares de origen; son hábiles en las tareas del campo y resistentes ante las pesadas y extenuantes cargas de trabajo; se hallan dispersos en una gran geografía estatal y nacional; desconocen sus derechos, tanto humanos como laborales; no son prioritarios en las políticas públicas, ni como margi-

nados ni como un importante capital humano, y cuentan con incipientes organizaciones sectoriales o gremiales de reciente creación, con proyectos de desarrollo en formación. En fin: mano de obra rentable, fácil de reclutar y resistente a los fuertes procesos de explotación a que se ve sometida.

Veamos algunos datos duros que nos permiten acercarnos al fenómeno de referencia.

En el contexto nacional, Guerrero se distingue por ocupar los primeros lugares entre los estados de la federación con los índices más elevados de marginación. De acuerdo con información oficial de los años 1995, 2000, 2005 y 2010, estos índices se han venido incrementando. Para el año 1995 la entidad se ubicaba en el segundo lugar de marginación, apenas superado por Chiapas, que ocupó el primer lugar nacional. Para el año 2000 continuó en el segundo lugar, incrementando su índice de marginación, mientras que Chiapas siguió encabezando la marginación nacional, si bien su índice bajó. En 2005, Guerrero ocupó el primer lugar de marginación a escala nacional y Chiapas pasó al segundo. Para 2010, Guerrero mantuvo el primer lugar. Cabe señalar que todos los municipios con alta composición indígena de la Montaña Alta, la Montaña Baja y la Costa Chica registran índices de muy alta marginación (“Índices...”, 1995, 2000, 2005, 2010).

En cuanto a población indígena, Guerrero es una entidad que se distingue, pues en 2010 se ubicó en el sexto lugar nacional, con 6.82% del total de indígenas del país, o en términos numéricos, 478399 personas, equivalentes a 15.14% de la población total del estado. A su vez, Guerrero tiene el segundo lugar en monolingüismo, pues 22.88% de sus hablantes de lenguas indígenas no habla español, un porcentaje apenas superado por los grupos étnicos de Chiapas, donde este indicador fue de 24.88%.

Por tipo de lengua, los hablantes de náhuatl son los más numerosos, con una población de 170622 personas, equivalente a 35.91% del total de personas que hablan lenguas indígenas en el estado; los siguen los mixtecos, que sumaron 139387 hablantes y representaron 29.33%; los hablantes de tlapaneco ascienden a 119291, que en términos relativos representan 25.10%. Todos estos grupos se ubican sobre todo en la Montaña y, en menor medida, en la zona norte y centro del estado. En la Costa Chica se asientan localidades de mixtecos y amuzgos, estos últimos integrados en una población de 45799 personas, es decir, 9.40% del total de la población de lenguas indígenas en la entidad (“Tabulados...”, 2010).

En lo referente a los jornaleros agrícolas guerrerenses, las deficientes fuentes estadísticas oficiales que existen nos mencionan, como ya se anotó, que esta actividad es practicada por entre 47000 y 50000 personas, en su mayoría de comunidades indígenas de la Montaña Alta y la Baja, así como de la Costa Chica. Los municipios que se destacan como altos expulsores son Chilapa (nahuas), Tlapa (multiétnico), Cochoapa El Grande (mixtecos), Ahuacuotzingo (nahuas), Tlacochistlahuaca (mixtecos y amuzgos), Metlatónoc (mixtecos y tlapanecos), Zitlala (nahuas), Ometepec (amuzgos) y Xochistlahuaca (amuzgos).

De acuerdo con información recabada por el Centro de Derechos Humanos de la Montaña de Guerrero Tlachinollan, la entidad “ocupa el primer lugar a nivel nacional de migración interna, más de 500 comunidades indígenas del estado expulsan fuertes contingentes de jornaleros agrícolas” (*Migrantes somos...*, 2011: 14). Entre las entidades de destino destacan Sinaloa, Sonora, Baja California, Baja California Sur, Chihuahua, Michoacán, Jalisco y Morelos, donde se ubican los grandes emporios agroindustriales que reclaman grandes contingentes de mano de obra barata empleados en cultivos con tecnología agrícola de punta, destinados en su mayoría a los mercados internacionales que ofrecen la oportunidad de acrecentar sus altas ganancias.

Si bien hoy en día y durante todo el año emigran jornaleros de Guerrero, 51.35% lo hace entre noviembre y enero, mientras que el resto lo hace en diferentes meses para trabajar sobre todo en las tareas de pos o pre cosecha. La migración es de tipo familiar: 55.94% de los trabajadores son hombres y 43.26% mujeres. Las edades responden a las exigencias del trabajo: 66.05% tiene entre 15 y 59 años, y el resto lo constituyen menores y ancianos que conforman el núcleo familiar. Cabe destacar que, según los datos oficiales, 90.9% de los jornaleros carece de contratos formales de trabajo o ni siquiera los conoce (*ibidem*: 13).

Los jornaleros agrícolas de Guerrero, en particular los indígenas, son parte de un contexto político, económico, social y cultural complejo y dinámico, donde la disputa entre partidos políticos, las luchas cada vez más amplias y profundas de diversos pueblos indígenas por espacios autonómicos y defensa de sus recursos naturales, así como su enfrentamiento permanente contra la delincuencia, se conjugan con demandas sectoriales como las del magisterio, transportistas, damnificados –ya sea por desastres naturales o a causa de la violen-

cia-, sumándose los reclamantes de servicios públicos o apoyos para la supervivencia, como los peticionarios de fertilizantes, de programas sociales y pequeños proyectos productivos. En conjunto esto lleva a una constante movilización no exenta de enfrentamientos en contra del Estado, contra los poderes caciquiles regionales o municipales, y en algunos casos contra los poderes federales.

En este contexto tan complejo, abrupto y variado, las demandas específicas de los migrantes como asalariados, marginados y explotados ocupan, por desgracia, un espacio no prioritario para el conjunto de la sociedad y el Estado, por lo que desde sus comunidades de origen se encuentran inmersos y actuantes en demandas y luchas locales, regionales y estatales, sumándose a formas organizativas y dinámicas sociales, políticas y culturales. Sin embargo, en su lucha por demandas que emanan de su relación con otras sociedades diferentes a la propia, con las que cotidianamente se enfrentan en condiciones de discriminación y marginación, se encuentran poco acompañados. En este campo, su comunidad, la sociedad civil y el Estado no los acompañan suficientemente para solventar, o al menos mitigar, su sufrimiento. Se argumenta que las prioridades, por el momento, son otras, de modo que se hace lo que se puede con los escasos recursos a la mano y con la poca voluntad política de que se dispone.

El migrante guerrerense enfrenta la búsqueda de alternativas en este estado de realidades y prioridades, ya sea mediante la exposición de sus propias desgracias con la intención de sensibilizar a los órganos de toma de decisión política y administrativa, o bien mediante acciones organizativas que no sólo actúan con base en la denuncia, sino también con apoyos concretos propios o con los que logran arrancar al gobierno mediante negociaciones lentas y difíciles.

Cabe mencionar que durante la administración anterior del gobierno estatal se creó la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales, una acción acertada, puesto que en gobiernos anteriores sólo existía una Dirección de Guerrerenses en el Extranjero, adscrita a la Sedesol estatal.

Los objetivos que pretende cubrir esta secretaría sin duda son ambiciosos. Se actúa tanto con migrantes internacionales como con jornaleros migrantes interestatales. En el caso de los primeros, trabaja principalmente en asesorías jurídicas, traslados de cadáveres y la implementación del Programa 3x1. Para los jornaleros se brindan escasos apoyos, sobre todo mediante la

Unidad de Servicios Integrales de Tlapa, e igualmente se prestan apoyos económicos y jurídicos, esencialmente en casos de siniestros.

A pesar de sus buenas intenciones, lo cierto es que sus actividades son demasiado reducidas, pues es poco lo que se puede hacer con sólo 24 millones de pesos de presupuesto anual ante la dimensión del problema que desean atender. Por otra parte, las actividades de coordinación interinstitucional tanto estatal como federal, las cuales permitirían potenciar los escasos recursos existentes de carácter económico, jurídico o político, resultan escasas y poco efectivas, dadas las prioridades excluyentes de las instituciones participantes.

Ante la ineficiencia e indiferencia de las instituciones oficiales responsables de la atención a los migrantes, no cabe duda de que la defensa de los jornaleros se dará por ellos mismos. Tal es el caso del movimiento de huelga de los jornaleros de San Quintín, en Baja California: el 9 de noviembre de 2014 la Alianza de Organizaciones Nacional, Estatal y Municipal por la Justicia Social, representante de los jornaleros en San Quintín, presentó sus demandas a la licenciada Juana Laura Pérez Floreano, secretaria de Trabajo y Previsión Social de Baja California, así como a la licenciada Minerva Torres, delegada federal de la STPS con sede en Mexicali. Ante la falta de respuestas, en la madrugada del 17 de marzo de 2015 estalló la huelga.

Las 14 demandas planteadas describen la situación de explotación, discriminación y malos tratos que padecen los jornaleros. Entre éstas destacan la revocación de los contratos colectivos de trabajo firmados entre los patrones y las representaciones sindicales de los trabajadores (CTM y CROC); la afiliación al IMSS desde el primer día de trabajo; no más tolerancia al acoso sexual por parte de los mayordomos de cuadrilla, mayordomos generales e ingenieros encargados de los ranchos; un salario mínimo estatal de 300 pesos por día; el pago de 30 pesos por caja de fresa –desde 2001 se paga a 10 y 12 pesos–; que la jarra de mora se pague en 17 pesos y la cubeta de tomate a ocho, además de que se otorguen todas las prestaciones sociales que corresponden por ley (“Pronunciamiento...”, 2015).

Al respecto, el Centro de Derechos Humanos de la Montaña de Guerrero Tlachinollan ha denunciado:

Estos abusos y tratos deshumanizantes se muestran con toda su crudeza en los campos agrícolas de San Quintín, donde miles de jornaleros han desenmascarado el régimen esclavista que impera en los campos agrícolas, donde

los empresarios, a la usanza porfirista, dan trato de esclavos a los indígenas que más riqueza generan con su trabajo en las agroindustrias. Las jornaleras y jornaleros aglutinados en la Alianza de Organizaciones Nacional, Estatal y Municipal por la Justicia Social, han colocado en la agenda pública el tema de los derechos laborales y las demandas sociales de la población jornalera de México, quienes han sido ignorados y vilipendiados (*El Sur*, Aca-pulco, 17 de marzo de 2015).

Consideraciones finales

La nostalgia, ese sentimiento de dolor provocado por la necesidad de abandonar el terruño, que en el caso del migrante guerrerense se acentúa por el contexto de discriminación, segregación y explotación en el cual se inserta, lleva al transterrado a la construcción de puentes físicos particulares, imaginarios y simbólicos de unión con su lugar de origen, lo cual le permite retomar su condición de ser social, cultural y humano en espacios y tiempos desdibujados y continuos.

No obstante los diferentes elementos identitarios que se desarrollan entre sus comunidades de origen y los lugares de destino en un flujo permanente, y que llevan a cambios en vestimentas, gustos musicales y alimenticios e incluso en giros lingüísticos, entre otros, la matriz cultural –el mecanismo nodal de los referentes identitarios– permanece como un fuerte y vigoroso tamiz para asimilar o rechazar “lo ajeno”.

Estas fortalezas identitarias se ponen en juego en las luchas que los jornaleros y sus familias emprenden en la búsqueda de sus derechos laborales y humanos. Ejemplo de esto es el actual movimiento de los trabajadores agrícolas de San Quintín, cuyo desenlace tendrá sin duda una fuerte repercusión en todas las zonas agrícolas del país. Los jornaleros y sus aliados han iniciado sus reivindicaciones como trabajadores, como migrantes, como indígenas, como seres humanos.

Bibliografía

- Arroyo, R. (coord.), *La migración en Guerrero*, Chilpancingo, COESPO, 2008.
- Bauman, Z., *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*, México. FCE, 2013.
- Canabal, B., *Hacia todos los lugares... Migración jornalera indígena de la Montaña de Guerrero*, México, UAM, 2008.
- Chávez Roman, José Antonio, “Marginación, desarrollo y manejo de los recursos naturales en la Montaña de Guerrero”,

en Beatriz Canabal y José Joaquín Flores (coords.), *Montañeros: actores sociales en la Montaña del estado de Guerrero*, México, UAM-X, 2004.

Díaz Garay, A. e Irma Solano Díaz (coords.), *Políticas migratorias y de desarrollo en México*, México, Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma de Guerrero, 2012

“Documento de presentación”, Chilpancingo, Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales-Gobierno del Estado de Guerrero, s.f.

García de León, A., “La dimensión polivalente de las identidades”, en Ricardo Melgar Bao y Rossana Cassigoli (coords.), *Pueblos, diásporas y voces de América Latina*, México, Posgrado de Estudios Latinoamericanos-UNAM, t. I, 2010.

Herrera Carassou, Roberto, *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*, México, Siglo XXI, 2006.

“Índices de marginación”, México, Conapo, 1995, 2000, 2005, 2010, en línea [http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Indices_de_Marginacion].

Migrantes somos y en el camino andamos, Tlapa, Tlachinollan, 2011.

“Pronunciamiento del Proletariado Agrícola del Valle de San Quintín en víspera de un paro general”, México, Frente Popular Revolucionario, 16 de marzo de 2015, en línea [<https://frentepopular.wordpress.com/2015/03/16/pronunciamiento-del-proletariado-agricola-del-valle-de-san-quintin-en-vispera-de-un-paro-general/#more-98888>].

Rojas, R. T., “Los jornaleros agrícolas migrantes. Migración, mercados de trabajo y acciones gubernamentales en Sinaloa y Guerrero: los invisibilizados”, tesis de doctorado, México, UIA, 2010.

Sánchez Muñozhiero, L. y R. Arroyo Sepúlveda, “Zonas rurales, migración indígena y trabajo jornalero”, en E. Serrano (coord.), *Estado del desarrollo económico y social de los pueblos indígenas de México*, segundo informe, México, INI-PNUD, 2002.

“Tabulados del cuestionario básico”, en *Censo de Población y Vivienda 2010*, México, INEGI, 2010.

Voces del Desarrollo, núm. 5, enero-marzo de 2008.

